

CAPÍTULO I

Aguirre en la revolución de 1810 ⁽¹⁾

Enseñanza de vida consagrada al bien.—Primeros pasos en la existencia.—Fisonomía física y moral del personaje.—Vinculación de apellidos históricos.—Actitud en los días de la revolución de mayo.—Influencia del medio ambiente.—Falta de ambición política.—Rechazo de la misión al Brasil en 1817.

Enseñanza de una vida consagrada al bien.

La vida de un hombre encierra grandes enseñanzas cuando, á su saber, une virtudes y carácter. Son estos los que atraen y seducen. El talento es un oropel cuando no vá acompañado de la moral. Más que con la palabra fácil se predica con el ejemplo, porque el gobierno de la sociedad no pertenece al charlatanismo ni á la metáfora. No quiere ello decir que haya de despreciarse la frase, que sirve tan hermosamente para espresar nuestros más recónditos pensamientos, pero no hay que olvidar tampoco que se encuentra elocuencia arrebatadora en una actitud, aunque los labios enmudezcan. Es que si á ciertos hombres sólo se les lee en la frase, hay otros á quienes sus pensamientos se les vé traducidos en la acción. Al guerrero, p. e., y aún al mismo político, se les lee más en sus acciones que en sus libros. Aquél escribe con la punta de la espada y con la sangre generosa, lo que luego relata el historiador, para ponerse de relieve, en todo su valor injénito, y lleno de colorido, lo que, quizá, con natural candido y alma sencilla, se destacó en la grandiosa escena de la vida. Lo mismo el artista: él arranca á la naturaleza sus cambiantes colores, á la vida sus palpitantes emociones, á la carnadura humana sus estremecimientos nerviosos y todo lo transporta luego á la tela, donde vibra el músculo por obra de la paleta inspiradora; pero se necesita que venga el talento imaginativo, el jénio creador y fecundo de la palabra, para, en alas del pensamiento, revelar á la posteridad todo lo que el cuadro encierra de animado, haciendo hablar á la propia naturaleza y á los que como actores desempeñaron sus funciones. El escritor es el Pygmalión de la fábula. Lo que se realizó en un minuto, es necesario, para describirlo, un estudio de años; y para prac-

(1) Véase en el *Apéndice* la foja de servicios del señor don Manuel Hermenejildo de Aguirre.

ticarlo poseer el difícil arte de la descripción, ese talento con el cual se acercan hechos y personajes, haciendo que, unos y otros, se muevan, después de siglos, á nuestro alrededor, con todas sus pasiones, fierezas, encantos y movimientos, que era lo que hacía decir á un escritor: «se oye el trotar de los caballos de los francos en los relatos merovingios de Agustín Thierry.» Pero, ese talento descriptivo ha de poseer, de una manera inequívoca, «el dón de la verdad, que es el dón de la vida, que sólo lo dá el temperamento del escritor; temperamento que es el que decide de la vitalidad de las creaciones literarias.» Ha de ser verídico, prudente, humano, sencillito, natural, á fin de no recargar demasiado los colores del cuadro y no aparecer poniendo mucho de su imaginación allí donde todo ha de ser atrayente, á contemplarse vivaz la sinceridad del pensamiento.

Esto es lo que me he propuesto al hacer destacar en estas páginas la figura de un ciudadano modesto, pero lleno de hermosas cualidades, que murió sin darse cuenta él mismo, quizá, del trascendental papel que había desempeñado en el drama nacional. Tal vez se llevó á la tumba la pena y el dolor de no haber sido comprendido en el gran suceso que llenó su espíritu de hombre tenaz en sus bien concebidas resoluciones. Acostumbrado á la lucha del comercio, en ella aprendió ese hábito de la constancia reposada y tranquila, tan útil en la vida de los negocios como en la de la política. El reposo y el cálculo, absolutamente indispensables para el desarrollo de una operación comercial, les serían muy útiles cuando, en el suceso culminante de su vida, se viera rodeado de dificultades al parecer insuperables. Ellos les servirían para prestar un eminente servicio á su patria, aunque le trajera dificultades graves en sus finanzas particulares. Así pondría á prueba su carácter y sus virtudes, como se verá al leer sus rasgos biográficos, trazados lijeramente en estas notas ilustrativas de tan distinguida personalidad arjentina. Y digo lijeramente, porque es en el cuerpo del libro anterior donde se halla de relieve la belleza moral del carácter de que me ocupo.

Primeros pasos en la existencia. Ignoro donde se educó don Manuel H. de Aguirre, ni cómo corrieron los años de su niñez, particularidades que habría deseado conocer, porque, para el caso, se necesita todo eso, como el médico reclama los antecedentes hereditarios para operar en el organismo enfermo. Lo que sí, su educación ha debido ser esmerada y cuidadosa, aún para aquella época, como que poseía buena letra y desplegaba jiros de lenguaje que sólo se adquieren con la sana y buena lectura de autores escogidos ó con el trato de jente de alcurnia literaria y distinguida. Sin duda sus padres, que lo eran don Agustín Casimiro de Aguirre y doña Josefa Lajarrota de la Quintana, vieron en el niño nacido en Buenos Aires, en 1785,

al que, dentro de su modesta esfera, honraria é ilustraría su apellido en las páginas de la historia, por su noble carácter y sus severas acciones; y de ahí que, de acuerdo con su posición y con las progresos de entonces, de los que nos ha hablado el doctor don Juan María Gutiérrez en su erudito libro sobre la enseñanza en Buenos Aires, le dieran, en su hogar, especialmente, aquella cuidadosa instrucción moral, que luego se hermanaría con el acopio intelectual suministrado en la doble banca de la escuela y de la vida.

Retrato físico á los 25 años de edad.

Con ese bagaje, no pesado, sino muy liviano, porque nada hay que sobrenade con mayor facilidad que el lastre de la moral y del saber en la conciencia humana, el jóven Aguirre aparece, á los 25 años, en la flor de la vida, con su fisonomía seria; con su mirada enérgica y penetrante; con sus labios cerrados, fino el superior y saliente el inferior, reveladores de esa firmeza de carácter del que habla poco pero que ejecuta pronto lo mucho que ha pensado; con su cabello abundoso y ensortijado, levantado al frente, corriéndose sobre los costados del rostro, en forma de patilla, que luego se llamaría federal; y, con su ancha frente, sin sombra de arrugas, en la que «lleva impreso el destello divino de la idea» de que nos habla Goëthe en su admirable concepción del corazón humano,—del dolor y del afecto, en cuyo drama—«siempre llevamos á nuestro lado el jénio del mal que pone límites á todas las cosas.»

Vinculación de apellidos históricos.

Ya en esa edad, en la que las grandes ilusiones vienen á la mente, en forma de patria y de mujer, para que las adoremos sin miedos en el corazón ni cálculos en la cabeza; en la que todo es luz, encanto, fuego y sonrisa, ya se viva bajo nuestro clima meridional, ó bajo el cielo gris de los pueblos frios; el joven Aguirre había sentido las palpitations del movimiento revolucionario de 1809. En este incidente intervino, como es sabido, la que después sería ilustre personalidad, don Juan Martín de Pueyrredon, valiéndole ello sufrimientos y dolores en su carrera de ostracismo. Nada extraño que de Aguirre sufriera la influencia, no sólo del medio ambiente en que empezaba á agitarse, al formarse el partido de los criollos nativos contra el de los españoles importados ó chapetones, sino la del mismo Pueyrredon, espíritu austero, á quien ese amor de la familia, esa cadena que ata las almas con lazo fuerte, lo vincularía más tarde. ⁽¹⁾ El círculo lo atraería, y así vería perpetuarse, en la vida política y social, pero de una manera

(1) Ha de tenerse presente que Aguirre fué casado con doña Victoria Ituarte, hija de doña Magdalena Pueyrredon, hermana del general Pueyrredon.

estrecha y animada, los apellidos de Balcarce, Viamonte, Gómez y Aguirre. Todos estos nombres se vincularían á las jornadas de mayo de 1810, en las que va á aparecer, á los 25 años, el jóven don Manuel Hermenejildo de Aguirre, subiendo las gradas del antiguo cabildo para de allí cooperar á la emancipación de las provincias unidas del Río de la Plata. Y allí se verían confundidos á dos hombres, actuando, el uno, en el terreno de la discusión tranquila, del pensamiento elevado, del raciocinio político, del juicio sereno; y el otro, en el de la acción callejera, del movimiento entusiasta, del empuje muscular y del brío juvenil; sosteniendo ambos las mismas ideas, en 1810, para encontrarse, más tarde, reunidos en Nueva York, en 1817, á fin de rendirles el eterno tributo de sus firmes convicciones. Me refiero al *chispero* don José Gregorio Gómez, compañero, más tarde, del señor Aguirre, en su doble misión política y comercial á Norte América, de la que estensamente me he ocupado en el presente libro. El *chispero* Gómez, en las jornadas de mayo, andaba por las calles de Buenos Aires, con su fusil al hombro, sosteniendo las ideas que el pensador Aguirre desarrollaba en los altos del cabildo. Idea y acción, corazón y cerebro, sentimiento y cabeza, era lo que la revolución de mayo reclamaba; y eso era lo que significaba, en el hecho, la vinculación de esos dos hombres, de esos dos amigos, sereno el uno, entusiasta el otro, que de Buenos Aires irían á New York, ya en su edad madura, á continuar el apostolado que iniciaron en la época hermosa de aquella juventud pasada y por lo mismo muy querida.

Actitud en los días
de la revolución de
mayo.

Allí, en el cabildo, estuvo el señor de Aguirre, en esos días jenerosos. La seriedad de espíritu y la serenidad de juicio que ya lo caracterizaban, se pusieron en evidencia. Tenía 25 años, pero se desenvolvía y se espresaba con el aplomo de la edad madura, que no excluye el calor interno, que es el que, aunque no se quiera, nos incita á la ejecución de nuestras más desinteresadas y abnegadas acciones. Es como el amor, surjido repentinamente, al cruzarse los rayos de los ojos, que, al parecer se apagan: el mismo respeto que él impone hace que se le conserve oculto y callado hasta que llegue el momento psicológico de revelarse á lo esterno. Y eso fué lo que le sucedió al joven de Aguirre, pues mientras Balcarce, Viamonte y Gomez ⁽¹⁾ sacudían la fibra popular con sus *Húsares y Chisperos*, él, en ese instante supremo, celebraba sus nupcias con la patria, arrancando á lo íntimo de su alma, en los altos del cabildo, en los días de mayo, y llevándolo á los labios,

(1) Aquí hablo de los que á él le estarían unidos en el porvenir. Por eso prescindo, p. e., de Chiclana, de quien él hablará más adelante, en 1827.

el amor que allí oculto vivía y que recién entonces, libre de reatos, pudo proclamarlo á voz en cuello. Fué, pues, como se vé, uno de los próceres de la independencia. El, en el memorable congreso de 22 de mayo de 1810, se afilió abiertamente al movimiento revolucionario, votando «en concepto de haber caducado « la soberanía de la suprema junta central, por que el Cabildo « reasumiera provisionalmente la autoridad del virrey, debiendo « acompañar al ayuntamiento, en calidad de consejeros en lo político, los doctores Julian Leiva, Juan José Castelli, Juan José « Passo y Mariano Moreno, y en lo militar, el teniente coronel « mandante del primer batallón de patricios, don Cornelio Saavedra, todo esto hasta la formación del nuevo gobierno. ⁽¹⁾ Y así, desde ese día, quedó reconocido como caballero en las lides políticas de las provincias unidas del Río de la Plata, á las que consagraria su saber, actividad y fortuna, reunido todo en una sola pieza llamada: carácter!

El joven de Aguirre había sido invitado á ese congreso general, como así se llamó el del 22 de mayo de 1810, en unión de los demás vecinos, es decir, «de la principal y más sana parte de este vecindario», como se vé en la nota del Excmo. Ayuntamiento al virrey Cisneros, «para que en un congreso público se espresara la voluntad del pueblo y se acordaran las medidas más necesarias para evitar toda desgracia y asegurar nuestra suerte venidera.» Se decía, en la esquila pasada, que debería concurrir «precisamente mañana, 22 del corriente, á las nueve, sin etiqueta alguna, y en calidad de vecino.» Las esquelas repartidas, dice el acta, fueron 450. Y fué allí, ante aquel selecto vecindario, que el joven de 25 años se reveló, con su criterio criollo ya madurado, sin duda alguna, por la lectura de los trabajos «fomentados en la opinión por los economistas del virreynato», como dice Estrada. Era ya un distinguido comerciante, cuyo juicio había trascendido, por lo cual se le invitaba á acto tan trascendental. Su voto, que fué el único que se dió en esa forma, según consta del acta respectiva, revelaba que se daba cuenta de la situación por que se atravesaba. Espíritu estudioso, iba al fondo de las cosas, y comprendía, por lo mismo que vivía en ese movimiento del trueque de mercaderías, que la libertad del intercambio comercial era una aspiración que surjía radiante en el horizonte del pueblo nacido á la vida á causa de los sucesos desarrollados en la caduca España, como entonces se decía; obra exclusiva, en lo esterno, de la invasión francesa.

(1) Actas del cabildo del 21 al 25 de mayo de 1810.

Influencia de las ideas predicadas en el consulado y en la prensa.

Allá, como los historiadores futuros lo dirían, se vería, al lado de la acción demoledora de Napoleón, el resurgimiento de nuevas nacionalidades y la creación de la industria nacional francesa á causa del célebre bloqueo continental. Y era eso lo que de Aguirre, sin duda, habría vislumbrado en los estrados del estinguido «consulado, palenque en el cual Belgrano, Castelli, Escalada, Fernandez, tremolaban la enseña del libre cambio»; era eso lo que él habría visto en las columnas del periódico «El Telégrafo», «ensayo de nuestra prensa y revelación primitiva bajo un tono de luz indecisa de las ciencias sociales»; y era eso lo que él habría visto en «el Semanario de Vieytes, sobre todo, arrojado adalid, que á nada menos tendía que á modificar la esencia de nuestro modo de ser social, desmontando al gaucho para labrar la tierra, y abriendo nuestros puertos á las banderas de la civilización». Él habría oído en el seno de la sociedad, cómo «tronaba, desde principios de siglo, la voz vibrante de Moreno, colocando el problema político de Sud América en el terreno de las crisis económicas, levantando el símbolo á cuya sombra se han agrupado los primeros elementos de la emancipación en toda colonia». Él había asistido «á la conquista británica, que, á la vez que confirmó á los hombres en las profundas aspiraciones mercantiles, á cuya creación debemos nuestra creciente prosperidad, y despertó el nervio popular, y reanimó sus alientos, porque le probó sus bríos y electrizó el conductor de los rencores. La sedición del 1º de enero de 1809 lo comprueba sobreabundantemente, y señala su coincidencia en el afán de los negocios, que debía ser su choque.» (1) Era que él había comprendido «que bajo las tiendas de la industria arde con prodigioso incremento el hogar de la libertad: que la libertad y el trabajo son el alma y la sangre de los pueblos.» (2) Era el alma liberal é independiente del comerciante, que ha conquistado el derecho á pensar sin trabas en el arte de las especulaciones mercantiles, por medio del cual ha adquirido un capital destinado á las buenas obras de la humanidad, la que se escapaba por los labios del jóven de Aguirre, cuando decía: reasuma el cabildo la autoridad del virrey y tome como consejeros, en lo político, á Leiva, Castelli, Passo y Moreno, y en lo militar, al comandante Saavedra. Veía claro.

Tenía un golpe de vista seguro. Quería, y eso era lo prác-

(1) *Fragmentos históricos*, por José Manuel Estrada, página 16. Si hubiera podido revisar las actas del cabildo de 1806 á 1810 quizá algo habría utilizado para esta parte de mi trabajo. La razón de no haberlo hecho, está espuesta al final de la foja de servicios del señor Aguirre, que se encuentra en el *Apéndice*.

(2) *Idem*, página 29.

tico, que desde ese momento cayera la autoridad del virrey y que allí mismo, el 22 de mayo, sin más trámite, se nombraran los que debían constituir el nuevo gobierno llamado á encaminar la cosa pública republicana. Esto era lo lójico, lo que aconsejaba un criterio inspirado en el ambiente y en las tendencias que ya se dibujaban. Y esto fué lo que tres días después realizó el pueblo soberano, deponiendo autoridades y creando la Junta de Mayo, el día 25. Entraron en su composición los elementos que indicó Aguirre, en lo fundamental. Allí estuvieron predominantes Saavedra, Castelli, Moreno y Passo, sus ardientes candidatos, desde el primer día, tomando el puesto que los acontecimientos les indicaban.

La falta de ambición política.

Los hombres como el señor de Aguirre carecen, por lo general, de una cualidad importante para la vida política, por lo que sólo son hombres públicos, pero no políticos. No tienen lo que se llama la ambición, sin la cual no es posible que un hombre realice la hazaña de llegar al alto asiento de gobernante. Es necesario, para ir lejos, sentir ese acicate, dentro de nosotros mismos, que nos mueva y ajite, que nos lleve á mezclarnos y confundirnos con las miserias humanas y á transar, en más de un caso, con la corrupción, aunque conservemos pura el alma y limpias las manos. Sólo teniéndola es posible vivir en el constante movimiento de la ola popular, la que, con su flujo y reflujo, nos separa y nos vuelve á colocar en la orilla: con frecuencia en el puerto lejano de nuestras ardientes aspiraciones. Generalmente esa ambición, que es un mal en el que sin ella entra á la liza, no se posee porque, ó tenemos colmadas nuestras ansiedades, viendo á los demás felices, ó porque nosotros mismos lo somos, y nada necesitamos ni queremos ni pedimos.

Pues bien, el señor de Aguirre se hallaba en una de esas situaciones. Había visto colmados sus deseos. Ahí estaban los verdaderos agitadores, con sus ambiciones lejitimas satisfechas, en la dirección del nuevo orden de cosas creado; y eso le bastaba. Por consiguiente, como si no se considerara con facultades para ser político ó militar, por más que el juego de los sucesos lo arrastraría y se despertarían en él las simpatías que naturalmente surjen á su contacto, contemplaba, tranquilo, desde su hogar, lo que en la república se desarrollaba.

Rechazo de la misión al Brasil en 1817.

Algún tiempo había transcurrido, y su nombre respetable y su juicio asentado fueron causa de ser recordado para la misión que en 1817 se envió al Brasil. Sus conciudadanos habían descubierto, bajo aquella coraza impenetrable al reporterismo moderno, ó sea á la curiosidad de la gran aldea de aquel tiempo, un espíritu sagaz, sutil, capaz de

desempeñar una difícil misión diplomática, como lo eran las de aquella época, en que, como es sabido, Rivadavia pasó por trance duro en Madrid, como Aguirre lo pasaría á su vez en New York!

Por razones que no conozco ni alcanzo, rechazó la misión que se le ofrecía á los 31 años de edad, en 1817. ⁽¹⁾ En cambio aceptó muchos cargos honoríficos, como se irá viendo en el movimiento de los sucesos. En ellos se fué consolidando su reputación de hombre circunspecto y prudente, capaz de conducir la nave de la idea por entre escollos y llevarla á puerto de victoria. Y fueron todos estos talentos, acumulados durante el tiempo transcurrido, los que las más altas personalidades civiles y militares de aquella época iban á utilizar, confiándole una empresa arriesgada, que reclamaba tino, prudencia y secreto. Esas personalidades serían nada menos que San Martín, Pueyrredon y O'Higgins!

(1) Pájina 209, nota, tomo 6.º, de la *Historia de la República Argentina* por el doctor don Vicente F. Lopez.

CAPÍTULO II

Aguirre ante el gobierno de Chile

Doble misión á Norte América en 1817.—Reclamo á Chile.—Consideraciones que se guardan con el deudor.—Protesta contra la prueba que se exige.—Renuncia al premio de los cien mil pesos.—Consejo del tribunal de cuentas de Chile.—Resolución de O'Higgins.—Actitud de la comisión nombrada por O'Higgins.—Respuesta de Aguirre.—Parsimonia de O'Higgins.—El «espediente» chileno.—Papeles del diplomático chileno señor Zañartu.—Nuevas exigencias de la comisión.—Delicadeza ofendida.—La flecha de Parthos.—Elocuencia de la defensa y petición á O'Higgins.—Propuesta de una transacción amigable.

«Concluye finalmente el ministro de Chile » diciendo que mi cuenta no es más que un » documento confidencial, y que no tiene » otro apoyo que mi solo dicho; como si la » vista y presencia de dos corbetas de guerra de 861 toneladas, 250 hombres, 36 piezas de artillería cada una, bien municionadas de pertrechos navales y de guerra » y boca dejase de ser un hecho presenciado » por todo un pueblo, y el documento más » fehaciente y evidente de la cuenta presentada.»

(Memorial del señor don Manuel Hermeñildo de Aguirre dirigido al señor ministro de relaciones exteriores general don Tomás Guido, en 12 de noviembre de 1828.) ⁽¹⁾

Una doble misión á Norte América, en 1817.

San Martín acababa de triunfar en Chacabuco. Era necesario organizar la fuerza marítima para que la revolución llevara sus armas triunfantes al Pacífico. Ya Pueyrredon había sido nombrado director supremo y celebrado su visita al ejército patriota. San Martín se había entendido con O'Higgins, habiéndole éste otorgado un poder en blanco para que lo llenara con el nombre de la persona que considerara de su confianza en la misión á realizarse en Norte América, referente á la compra de los buques necesarios para la guerra marítima del Pacífico. Por su parte, el congreso había apurado á Pueyrredon para que cuanto antes diera los pasos necesarios al reconocimiento de nuestra independencia por Norte América, y especialmente por Suecia y Rusia. La situación difícil por que se atravesaba daba importancia á ese

(1) Véase en el *Apéndice* del presente tomo el documento correspondiente.